

**Aurélien, Robert. *Épicure aux enfers. Hérésie, athéisme et hédonisme au Moyen Âge.***  
París: Librairie Artème Fayard,  
2021, 367 pp.

**Francisco López Cedeño<sup>1</sup>**

Universidad de Salamanca, España

Dante guiado por Virgilio recorre el mundo subterráneo. Visita primero los limbos donde residen las almas de figuras ilustres como los filósofos reunidos en asamblea: Aristóteles, Platón, Séneca y Averroes. Pero faltan Epicuro y sus discípulos a los que encuentra más tarde en el sexto círculo de los infiernos reservado a los heréticos. ¿Porqué el filósofo helenístico era considerado un condenado depravado?

Aurélien Robert quiere demostrar que la recuperación de la figura de Epicuro durante el Renacimiento es un mito (p-311) y para ello estudia su recepción en el mundo latino occidental. Hasta ahora se ha considerado que el filósofo del jardín tras un rechazo unánime durante la Edad Media repentinamente habría reaparecido en la escena filosófica (p. 12) cuando Poggio Braccioloni descubriera un manuscrito del *De Rerum Natura* de Lucrecio en 1417. Este hecho habría sido supuestamente uno de los detonantes del Renacimiento y de la modernidad tras los tenebrosos siglos medievales. La realidad es otra. Los eruditos medievales estuvieron interesados en la filosofía de Epicuro. El juicio sobre su pensamiento fue ambivalente en el contexto cristiano, pero hubo una continuidad entre la Edad Media y la Edad Moderna, por lo que es importante el estudio de este proceso de ideas a nivel historiográfico (p. 15)

<sup>1</sup> flcedenho@yahoo.es

Diógenes Laercio en su *Vida de filósofos ilustres* comenta los ataques dirigidos contra Epicuro, además de por su moral privada, por su materialismo, su rechazo de la providencia y por el papel que concede al placer. De modo que la Edad Media Occidental heredó una tradición polémica contra el epicureísmo (Parte I: el epicureísmo herético). Pero a partir del siglo II d.C. se produce un cambio. En las provincias orientales del imperio romano, Asia Menor, Oriente Próximo y Egipto, los primeros grupos cristianos competían con las escuelas filosóficas paganas (p. 62), y particularmente contra los epicúreos, a los que tachaban de inmorales y alejados de los valores religiosos romanos frente al cristianismo plenamente compatible con estos. Los ataques contra los filósofos se convierten en ataques contra los herejes, al vincular las herejías religiosas a las escuelas filosóficas. Gradualmente, por aberrantes atajos, tan alejados de la filosofía del jardín, el epicúreo se convirtió en el hereje por excelencia (p. 67).

Tenemos como referencia las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla (siglo VIII):

**«Los epicúreos toman su nombre de Epicuro, filósofo aficionado a la vanidad, no a la sabiduría, y que los demás filósofos lo han llamado el cerdo, como si se revolcara en las inmundicias de la carne, afirmando que el bien soberano reside en la voluptuosidad del cuerpo. Afirmó además que el mundo no está gobernado ni ordenado por la providencia divina, sino que asigna el origen de las cosas a los átomos, es decir, a los cuerpos sólidos e indivisibles, cuyos encuentros fortuitos han hecho y dan a luz todo. También afirmaron que Dios no hace nada, que todo está hecho de cuerpos y que el alma no es más que un cuerpo». (pág. 69).**

El libro analiza con cierto detalle este papel de hereje atribuido a los epicúreos por el sentir común medieval tomando como base los textos bíblicos, considerados como la primera fuente de autoridad. Seguidamente se analizan las formas que adopta en el judaísmo de la época. Por último, se estudian también los pensadores islámicos como Averroes y Al Gazali, con unas conclusiones parecidas. Es interesante la presentación de la poesía preislámica árabe y su continuación medieval a la que se le atribuyen ciertos

rasgos comunes con el pensamiento epicúreo en su reflexión sobre el paso del tiempo y sobre el placer.

El epicureísmo en la Edad Media a veces se invoca para descalificar a un grupo de disidentes. Es el caso del monje Raoul Glaber cuando describe en sus *Histoires* el brote de herejía que asoló Orleans en 1022 (p. 128) y los califica de epicúreos. Incluso la poesía, durante el siglo XIV, popularizó la figura del epicúreo entregado a los placeres de este mundo, para quien la sensualidad y el placer encarnaban la felicidad última.

El tema de la herejía de Epicuro no debería ocultar “una rehabilitación de su figura histórica” (p. 184) en los círculos académicos a partir del siglo XII (Parte IV: Salvemos a Epicuro) y que Jean Gerson describe a principios del siglo XV cuando contrapone a dos Epicuro que han convivido en la Edad Media: el Epicuro despreciado y ridiculizado al que hoy en día todavía lo perdonamos de ir a la hoguera y el Epicuro verdadero estudiado y elogiado por los eruditos. El autor nos propone comprender una nueva historia de la recepción del epicureísmo y distinguir entre el origen de la caricatura del Epicuro herético, ateo y hedonista y, por otra parte, la recepción de la sabiduría de Epicuro que da un giro decisivo en el siglo XII y al que se le rinde homenaje al identificarlo con algunas figuras bíblicas. Esta misma ambigüedad entre los dos Epicuros continúa existiendo entre los humanistas del renacimiento: uno es el filósofo que afirma que la felicidad del hombre consiste en la «tranquilidad del alma» y el otro es el «cerdo» que ha intentado «sumergir la felicidad humana en los placeres corporales» (p. 183).

Algunos académicos consideraron que la ética de la tranquilidad de Epicuro era compatible con el pensamiento cristiano. Es el caso de Pedro Abelardo (1079-1142) quien, en su *Diálogo entre un filósofo, un judío y un cristiano* (c. 1130), hace decir al Filósofo que para Epicuro el placer soberano no es «un gusto deshonesto y vergonzoso por las diversiones carnales [como muchos, mal informados, piensan], sino una cierta tranquilidad interior del alma», es decir, la ataraxia deseada por el amo del Jardín, que podría encontrar su expresión en el ideal contemplativo cristiano. Es necesario tener en cuenta que otro gran conocedor de los Antiguos, Juan de Salisbury (1120-1180), dijo a la siguiente generación que es posible una lectura cristiana de Epicuro (p. 201-206). Hélinand de Froidmont en su *Chronicon* entrega un retrato bastante favorable, y muestra que la ética epicúrea no es incom-

patible con la espiritualidad cristiana. Paradójicamente, en el umbral del Renacimiento los puntos de vista aparecen más contrastados, por ejemplo, en Petrarca (p. 225-228). Entre los siglos XIII y XIV en Francia y en Italia se configura, pues, una “edad de oro” de la *Vidas de Epicuro* (p. 230), que muestran la ejemplaridad de sus virtudes y su sabiduría proverbial. Epicuro también reapareció en el siglo XIII en contextos académicos: en los debates filosóficos asociados a la difusión del aristotelismo latino, ya que la *Ética* a Nicómaco en particular concede gran importancia al placer, así como en las discusiones de los médicos en torno a la cuestión del placer sexual (capítulo XIII, placer sexual y melancolía amorosa). En el primer caso, el autor se interesa especialmente por la ética de Alberto Magno (p. 253-259), mientras que en el segundo recurre a los médicos-filósofos italianos siglos XIII-XIV, entre los que se encuentra Pietro d’Abano (p. 285-288).

Los primeros elogios de Epicuro en el siglo XII, más tarde las *Vidas de Epicuro* de los siglos XIII y XIV, insistieron en la dimensión intelectual del placer epicúreo. Pero esta visión ascética de la filosofía epicúrea estuvo también acompañada de debates filosóficos precisos sobre la relación entre virtud y placer, o incluso sobre la necesidad de los placeres corporales.

Entre estos debates, el iniciado por los médicos del siglo XII es particularmente rico en lecciones. Frente a Epicuro, del que conocían ciertas ideas a través de Galeno, defendieron la necesidad del placer sexual, no sólo para el cuerpo, sino también para el equilibrio del espíritu. Fueron, pues, más allá de la filosofía del Jardín en la rehabilitación del placer, redescubriendo, sin saberlo, los análisis de Lucrecio. En el *De rerum natura*, Lucrecio ubica los males del amor en la pasión, no en la sexualidad. Por lo tanto, la mayoría de los temas que cobrarán importancia durante el Renacimiento ya se abordaron en la Edad Media. Ciertamente carecían de la erudición de los humanistas para describir con precisión las tesis de Epicuro, pero él, sin embargo, dio un panorama de ellas que ya no tenía nada que ver con la imagen popular del epicúreo herético, ateo y hedonista. Así, el último capítulo muestra cómo los humanistas, incluidos los más inclinados a elogiar el epicureísmo, contribuyeron en última instancia poco a los discursos positivos de la Edad Media desde el punto de vista del contenido filosófico. El tono ciertamente ganó en libertad, la precisión histórica fue mayor, el lenguaje más bello y la retórica

más eficaz, pero no podemos atribuir todos los méritos a los humanistas italianos en el redescubrimiento del epicureísmo.

Cosimo Raimondi (c. 1429) en una de sus cartas comenta que el retorno de Epicuro al que defiende con vehemencia “no hace más que retomar estrategias y puestas a punto recogidas por los filósofos y los médicos de los siglos precedentes” (p. 309).

Asimismo, «está claro que la llegada de Lucrecio [en 1417] y las cartas de Epicuro transmitidas por Diógenes Laercio [a través de la traducción hecha por Ambrogio Traversari en 1433] no transformaron fundamentalmente el enfoque de la filosofía de Epicuro.” (pág. 314).

Las cuestiones abordadas en este libro vienen pues a llenar un vacío en los estudios sobre la recepción del epicureísmo. Sobre todo, se cuestiona la idea generalizada de que el epicureísmo fue redescubierto en el siglo XV, gracias al humanista Poggio Bracciolini, quien trajo a Italia un manuscrito (medieval) de Lucrecio. Al final del recorrido propuesto en el libro, parece más acertado decir que este retorno de las ideas epicúreas al Renacimiento no hubiera sido posible sin la primera obra filosófica de los estudiosos medievales. Porque efectivamente durante la Antigüedad Epicuro fue colocado en el inframundo y en la Edad Media comenzó a salir de él.

Bastante antes del renacimiento filósofos, médicos y teólogos medievales intentaron rehabilitarlo y presentarlo como un gran sabio. Aurélien Robert estudia las representaciones del epicureísmo, recibidas y transformadas en la Edad Media. Ilumina así una página inédita de la filosofía medieval.